

Capítulo III

De la memoria crítica y de la red solidaria de los “cabros chicos” (1983-1998)

Crisis neoliberal y “malestar privado”

Durante el período de la democracia populista (1938-1973), que incluyó la etapa de la ‘memoria feliz’ y la primera etapa de los ‘tiempos difíciles’, la situación de ‘crisis’ presentó rasgos diferentes a la crisis actual.

En primer lugar, en ese tiempo, la crisis fue unánimemente entendida como una crisis económica *estructural*, que ‘bajó’ desde los mercados y el sistema productivo hasta los hogares de todos los chilenos; por eso, el conflicto se concentró, socialmente, en el tira y afloja entre precios y salarios y, masivamente, entre la ‘clase’ patronal y la ‘clase’ trabajadora; de modo que el “malestar” de la sociedad civil se manifestó bulliciosamente en pleno espacio público: en plazas, calles y avenidas, frente a las fábricas y, sobre todo, en las plazas situadas cerca o frente al Palacio de Gobierno.

En segundo lugar, y por todo lo anterior, la crisis estructural tuvo traducción simultánea al ámbito político, donde se tradujo en un conflicto entre fuerzas partidarias y parlamentarias de diferente identidad de clase y opuestos contenidos ideológicos; este rasgo determinó que tanto la crisis de fondo como el conflicto político fueran entendidos como *problemas de Estado* y no de la sociedad civil; como una responsabilidad de ‘los líderes nacionales’ más que de la gran masa ciudadana.

En tercer lugar, reconocida la naturaleza externa, estructural, objetiva y pública de la crisis, los intelectuales y los mismos líderes políticos tendieron a conceptualizarla y teorizarla (en tanto que “coyuntura”) mediante términos generales y por lo común abstractos (“subdesarrollo”, “dependencia”, “agotamiento del modelo”, etc.); la situaron así en un *plano abstracto*, superior no sólo al plano coti-

diano de individuos y sujetos, sino, incluso, al de las mismas clases sociales en pugna (se hablaba de “las condiciones objetivas de la lucha de clase”). La crisis tuvo, pues, el rango de un fenómeno superior, global, casi ajeno, que obligaba a los ciudadanos a tomar partido ‘frente’ a ella, pero no a ‘sentirse’ parte orgánica de ella.

En cambio, durante la democracia neoliberal actual (1990 y sigue) la crisis ha adoptado otras características:

En primer lugar, aunque también es una crisis económica que se expresa como un crecimiento socialmente insuficiente y desigual, no se la entiende como una crisis estructural que se vuelca de modo natural y lógico hacia el espacio público, sino como una *desajuste privado* entre los sujetos (o ciudadanos individualmente considerados) y el Mercado regional, nacional y mundial; un desajuste que termina reventando no hacia afuera o hacia arriba, sino en el plano doméstico de esos mismos sujetos. Es por ello que ciertos estudios técnicos realizados por algunas agencias internacionales la identifican no como una crisis estructural, sino como un fenómeno trivial y sordo de “malestar privado” (PNUD).

En segundo lugar, y por lo mismo anterior, los efectos nocivos e involutivos de esta crisis (que es propia del modelo neoliberal vigente) no tienen traducción simultánea al plano socio-político, no se configuran como un visible conflicto público que se expresa frente al Palacio de Gobierno, sino como un movimiento social *en reversa*, invisible e involutivo, que vuelca su descontento hacia la ‘subjetividad’ de los mismos sujetos afectados, impactando en sus propias familias, o volcándose agresivamente contra ‘otros’ sectores de la sociedad civil. No hay explosiones públicas del conflicto, sino implosiones privadas, o agresiones entre civiles de distinta posición dentro de un mismo mercado.

En tercer lugar, y derivado también de lo anterior, la crisis y el conflicto no se ‘objetivan’ como un problema político del Estado o un problema teórico-estructural del modelo vigente, sino como una crisis más bien psicológica de sujetos privados, que no reaccionan contra estructuras o instituciones, sino de manera delictual contra la misma sociedad civil. De este modo, la crisis no incentiva la ‘politización’ (como en el período democrático populista), sino la violencia civil contra la propiedad o contra las personas. O sea: incentiva la delictualización del “malestar privado”. Por esto, la crisis y el conflicto tienden ahora a objetivarse como un *problema policial*, de “governabilidad”, de estricta competencia del Gobierno de turno, en el sentido de que ‘debe’ mantener la “seguridad ciudadana”. La nueva crisis, pues, ‘legitima’ los procedimientos policiales que el Estado desata sobre los sujetos afectados por ella, precisamente cuando éstos reaccionan por sí mismos y con violencia relativa al constatar la imposibilidad de deshacerse por medios normales del subjetivado “malestar privado”.

La crisis, durante la democracia neoliberal, se ha traducido en un conflicto de explosión soterrada, de escasa notoriedad, como no sea la publicidad dada al explosivo aumento de los ‘actos delictuales’ en que esa crisis se expresa (ataque a la propiedad en las comunas ricas; ataque a las personas en las comunas pobres). La nueva crisis, hasta cierto punto, está

camuflada tras un ‘asunto policial’. Al despolitizar la crisis hasta convertirla en una demanda pública por un mejor y más modernizado servicio policial (“tolerancia cero”, etc.), lo que se consigue es legitimar por vía policial al mismo sistema liberal que produce la crisis. Con ello se estabiliza el modelo vigente y se deslegitima la rabia que la sociedad civil puede, eventualmente, transformar en un proyecto de cambio estructural. La crisis ha sido desalojada del espacio público e inyectada en la psiquis o en el inconsciente de los trabajadores precaristas, en las vidas puertas adentro de las familias populares y, lo que es más grave, en una “memoria de infancia” que ya no opera como un capital social tendiente a fortalecer la sociedad civil, sino como una memoria envenenada, de un tiempo del que —tal vez— sea mejor no guardar memoria.

En este capítulo se explorará la profundidad a la que ha llegado ese envenenamiento en los “cabros chicos” de la población.

Crisis y violencia doméstica: la memoria de los colegios populares

Tanto en las poblaciones del sur de Rancagua como en las del poniente, se fundaron colegios con el fin de acoger a los niños engendrados por las sucesivas oleadas de “vecinos fundadores”. Estos colegios surgieron como resultado de la propia autogestión popular —caso del Colegio Blest Gana, del Sector Sur— o porque adquirieron su identidad definidamente popular cuando el poder gravitacional de la sociedad civil creada a pulso por los pobladores los atrapó y los transformó —como se verá en otro capítulo— en un reflejo de lo que es ella misma. Es el caso del Colegio Jean Piaget (del Sector Poniente) y de otras escuelas. De un modo u otro, la memoria funcionaria de los colegios populares vino a ser la memoria refleja, resumida e integrada, de la desordenada pero viva memoria social de los pobladores. Es allí donde, entre otras fuentes, se puede percibir la penetración y carácter corrosivo del veneno ‘privado’ que la crisis infiltró en las familias de los “cabros chicos” y en su propio comportamiento. Efecto corrosivo que, como una oleada, ha permeado la propia atmósfera de trabajo de los colegios mencionados.

Es eso lo que refleja el informe —estadístico, funcionario, pero a la vez solidario— de María Teresa, Directora del Colegio Jean Piaget, del Sector Poniente:

—Tenemos un 4 por ciento de alumnos que tienen una situación que dijéramos es normal, y un 18 por ciento una situación aceptable; pero tenemos un 40 por ciento que vive en la extrema pobreza, 17 por ciento que viven en mala situación y 21 por ciento en una condición regular-mala. Si tú sumas 40 más 21 son 61, y más 17, son 78 por ciento de alumnos que viven en una situación mala, de extrema pobreza y regular-mala... Otro índice importante es con quién viven los niños: el 27 por ciento vive con sólo uno de los padres, el 7 por ciento con otros familiares, 7 por ciento que vive en el Hogar de Menores (son niños institucionales) y 1 por ciento que viven con otras personas; así que casi la mitad (50 por ciento) no tiene el núcleo familiar completo, y tienen graves problemas... En cuanto a la profesión de sus padres: sólo el 9

por ciento son obreros de Codelco o empleados públicos; el resto: 31 por ciento son obreros, el 12 por ciento temporeros, 16 por ciento son asesoras del hogar, 11 por ciento son comerciantes ambulantes y 4 por ciento cesantes absolutos. O sea: el 78 por ciento de los padres son trabajadores precaristas... La situación se ha ido empeorando año a año, en vez de mejorar; el diagnóstico de los alumnos ha sido como más cruel año tras año. El niño se enfrenta cada vez a más problemas...

En los datos de la señora María Teresa se evidencia que existe una directa relación entre la masiva precarización del empleo, la degradante condición socioeconómica de los padres y el elevado desgarramiento del núcleo familiar. Como que la crisis gobierna la subjetividad del papá y la mamá al impulsarlos a buscar trabajo donde sea y como sea; o bien, a buscar la evasión que sea (alcohólica o sexual) para escapar de ella. Y en ello se les va el día y también su equilibrio emocional. Los niños van quedando solos y expuestos, al final de la jornada, al estallido emocional de sus padres.

—Yo veo —agrega la señora María Teresa— que por resolver la cosa económica trabaja el papá, trabaja la mamá, y estos niños quedan a veces absolutamente solos, en cualquiera de las jornadas escolares. Son los que uno ve en la calle, porque no hay nadie que los cuide. O los dejan a cargo de la vecina o de alguien que los vea. Hay muchos niños que se crían solos. Y hay niñitas de nueve años que están a cargo de la casa... a cargo de dos, tres o más hermanos. Y claro, como la mamá llega tarde y cansada, no vigila el aseo, no vigila las tareas, no vigila nada...

62

—Los papás se pusieron buenos para el trago —dice don Ignacio, ex auxiliar del Colegio Blest Gana— y un poco alcohólicos, y los niños veían mucha agresividad. Veían que el papá le pegaba a la mamá o se ponían a pelear con los vecinos. Eso se daba mucho. Los niños contaban en el colegio: ‘Mi papá llegó anoche curao y le pegó a mi mamá y mi mamá salió arrancando, se metió donde el vecino y mi papá se peleó con el vecino’. Se veía mucho eso, sobre todo en los fines de semana. Por eso el niño llega agresivo, con agresividad verbal y a veces a puntapiés y cosas por el estilo.

—Niños y niñas son terriblemente agresivos —afirman a coro las profesoras Norma Carrasco y Amelia Donoso, del Colegio Blest Gana—; tú les vas a tocar el hombro y les vas a hacer una muestra de afecto y ellos reaccionan agresivamente. Son de familias que no están muy preocupadas ni motivadas por sus hijos. Porque el papá se va. Que el papá no llega. Que no es el papá. O sea: son familias que no están bien formadas. La mayoría de las familias son así... Familias que eran de convivientes o de matrimonio que se rompe. Y el papá o la mamá se fue a la vereda de enfrente o a la vuelta de la esquina a vivir con otra persona. Lo que al final del tiempo provoca que haya dos o tres niños en el colegio que son hermanos, con un progenitor común y diferentes apellidos.

—Hay papás y mamás alcohólicos —acota la señora María Teresa—, y algunas mamás se juntan una y otra vez con otro señor. Esto se ve mucho por aquí. Y pueden tener hijos de distintos hombres... Así, los niños quedan con una carencia de afecto terrible. Los niños tienen inestabilidad emocional porque tienen inestabilidad familiar. Tienen problemas de disciplina. Quieren llamar la atención, y entre ellos son muy violentos.

La violencia doméstica, a menudo, puede convertirse en delito público, en violencia callejera, producto de la cual los padres terminan en la cárcel. Para los niños, tanto la violencia hogareña como la violencia callejera pueden ser normales; una dimensión normal de sus vidas. Un componente originario de su conducta.

—Una vez al mes —recuerda el profesor Héctor Jara, primer Director del Colegio Blest Gana— había un homicidio en la población. Entonces la escuela la ocupaban para velar a la persona que había muerto. Después venía la reconstrucción de la escena y todos los niños se me arrancaban a ver cómo esa persona había sido muerta el día anterior. Y varias veces los niños decían: ‘Si el que mató al otro es tío mío’; como que sentían orgullo de que su tío hubiera muerto al otro. Así que lo velaban, hacían la reconstrucción de la escena y se perdían hartas clases por esto.

—Estos niños son niños que en sus casas se usa la correa, se usa el golpe, el irse a acostar sin comer y, por último, ‘¡si no te gusta te vai pa’ la calle!’ —comentan las profesoras actuales del Blest Gana—; y hay mucha gente aquí de esta población que ha tenido, por equis situación, que ingresar a la cárcel; entonces ellos no tienen ningún empacho en decir: ‘El domingo fui a ver a la cárcel a mi tío, o a mi papá’. Para ellos no es una situación que tengan que esconder...

La crisis se subjetiva en los padres, estalla dentro de ellos y sale hacia afuera convertida, de alguna manera, en agresividad o en acciones violentas. En este círculo de ira, los niños dejan de ser deseados; no se puede desear lo que *no* se puede mantener *ni* desarrollar. Más bien, la situación crítica de los niños encarna y representa, a cada momento, la impotencia y la frustración de los propios padres. Se perciben, por eso, a menudo, como una gran sobrecarga. Por tanto, a veces, es mejor ignorarlos, rechazarlos, o abandonarlos.

—La mayoría de los niños —dice la profesora Marcela Díaz, del Jean Piaget— se relaciona más con el televisor y con el telecable que con los papás... Los papás pasan muchas horas fuera de la casa, y se pierde el vínculo... En Kinder no se nota tanto eso, porque en Kinder el apoderado viene con todo el ánimo, con toda la disposición a ayudar y cooperar, pero a medida que pasan los años, en quinto o sexto básico, los apoderados se alejan de las reuniones, no se preocupan por el avance de sus hijos. Y allí tú ves cómo se pierde ese vínculo... Y nos hemos encontrado con niños que están en hogares de menores sin necesidad de que estén en hogares de menores. De repente hay mamás que mandan a sus hijos al Hogar de Menores porque dicen ‘no soy capaz de contenerlo: me tiene loca, es un niño terrible...’. Y son niños que no debieran estar en un Hogar. Hay un gran porcentaje de niños que no han sido deseados y, por lo mismo, los padres se desentienden de ellos. Entonces, qué más cómodo que llevarlos a un Hogar y... ¡listo! ¡Chao! Y lo van a ver cada 15 días. Yo veo que estos chicos de los hogares de menores me dicen: ‘¡Tía! ¿Sabe que esta semana voy a mi casa?’, con los ojitos llenos de felicidad; mientras otros me dicen: ‘Mi papá está en a cárcel...’.

—Yo diría —dice Verónica Bravo, teniente de Carabineros, del Hogar de Menores— que un gran porcentaje de los apoderados no viene; o sea: los dejan acá y se olvidan del niño, de que tienen un hijo, y no

vuelven más. De repente hay gente que llama los fines de semana (cuando los niños tienen permiso) y me dicen: '¿Sabe, mi teniente? Tengo un compromiso este fin de semana, no me mande a los niños porque no voy a poder atenderlos'. Entonces se desligan, digamos, de todos los compromisos con el menor. Entonces los papás, al final, por comodidad, se desentienden del menor. No en todos los casos, porque sí hay gente que es bien preocupada, que son humildes, que son pobres, pero que siempre están preocupados de los niños; los vienen a buscar los fines de semana, los vienen a dejar los domingos... Pero es una minoría, lamentablemente. No debería ser así...

En esa condición, los niños se cierran en sí mismos. Se niegan a aprender, a mirar su futuro, a percibir la realidad. Prefieren rechazar el mundo, o agrediéndolo, o negándolo.

—Me llegan niños con trastornos de aprendizaje severo —dice Marcela Díaz— ; en este momento tengo un chico con retardo mental, tengo otro prácticamente ciego y otro chico con grados de esquizofrenia. De repente no existe el padre, o no hay un padre realmente presente. A veces viven con su madre y el conviviente de ésta, o con personas ajenas, que pueden ser familiares, o no. Son niños con una carencia afectiva muy grande. Muchos de ellos viven en hacinamiento, en extrema pobreza, y por lo mismo tienen un desarrollo sexual muy adelantado para su edad... De repente duermen cinco en una cama y ven cosas que no debieran ver. Hay una precoz pérdida de la inocencia... Hemos encontrado casos con situaciones terribles. La sodomía, por ejemplo, se da mucho en los Hogares de Menores. Hay casos de niños que tratan de abusar sexualmente de sus compañeros, justo a raíz de las cosas que ven... Han llegado niños borrachos a clase. Yo los recibía en la entrada. Veía si venían con su uniforme completo, etc., y llegaban niños, ponte tú, a dar pruebas que no sabían ni cómo se llamaban: venían drogados. Pasa que muchos padres son temporeros: salen a las cinco de la mañana de la casa, entonces significa que el niño está dos o tres horas solo antes de entrar a clase. Yo me he encontrado, cuando tenemos consejo y uno sale tarde, me he encontrado alumnos aquí en la plazuela de la sede vecinal, bebiendo. Y hemos tenido casos de mamás solteras, niñas embarazadas de trece o catorce años... Hemos tenido casos de prostitución infantil; alumnos con orden de arraigo: o sea, a la primera, van presos al tiro... En este minuto deben ser más de 80 los niños que necesitan atención diferencial. Y tenemos problemas de delincuencia. Es habitual que intenten abrir los autos; hace tres años atrás los profesores teníamos resguardo policial...



**...estos niños son, en la mayoría,
de los cabros jóvenes, de los lolos
que, cuando yo llegué aquí, te-
nían entre 17 y 18 años...**

La memoria funcionaria de las escuelas populares y de los Hogares de Menores puede, tal vez, parecer exagerada. Pero puede que, también, la implosión subjetiva de la crisis actual, que es algo natural y obvio —aunque doloroso— para los afectados, asuma un perfil dramático y limítrofe al ser planteada esa implosión como una situación general, estadística, objetiva. A menudo, los grandes problemas sociales expresan su verdadera gravedad cuando son vistos dentro de una perspectiva general y no cuando se viven privadamente en la particularidad. En este sentido, la memoria funcionaria de las escuelas populares, que aquí se ha utilizado para caracterizar cómo la crisis neoliberal ‘implosiona’ dentro y en el entorno de los “cabros chicos”, tiene perfecta validez.

La red solidaria de los “cabros chicos”

El “malestar” (o envenenamiento) subjetivo producido por la crisis neoliberal no encuentra, al parecer, límites. Lo cual no se aprecia muy visiblemente en el espacio público. No hay en éste, por ejemplo, un movimiento social o político que se proponga formalmente bloquear la corrosiva infiltración de ese malestar. Con todo, hay planos invisibles o más privados donde, de manera más bien espontánea, surgen límites, o contravenenos. La oposición que surge en este sentido proviene, en todo caso, de los vericuetos más íntimos de la propia sociedad civil popular. A veces, de lo más profundo de los mismos sujetos. Otras veces, de las redes sociales aparentemente más inocuas.

Es sorprendente que la oposición más originaria y pura a la corrosión deshumanizadora provocada por el malestar de la crisis provenga de los mismos “cabros chicos” y de las redes solidarias que jóvenes y adultos tejen alrededor de esos niños. En ambos casos, es rebeldía natural, pero también, en ambos casos, es la manifestación más limpia de una voluntad social de humanización.

El contraveneno que brota del corazón mismo de la sociedad civil popular es, pues, por sí mismo ‘fundante’. Fundante de relaciones humanizadas. Fundante de una sociedad civil capaz de generarse a sí misma, autónomamente. Nótese lo que dicen las profesoras de los colegios mencionados:

—Lo que más me llama la atención —dice Norma Carrasco, del Blest Gana— es esa lealtad que estos niños se tienen entre ellos; o sea: si uno se manda una embarrá, ninguno acusa al otro, aunque estés presionando para que ellos lo digan. Es una lealtad increíble, porque en otros sectores el niño siempre va a acusar al otro que hizo algo. En cambio, en este sector, no, por nada del mundo el niño te traiciona, te delata al compañero. Igual, si uno lleva un pan, lo reparte con todos sus compañeros de colación; tienen un increíble sentido de compartir...

—Son bien solidarios entre ellos —corroborla la teniente Verónica Bravo, del Hogar de Menores—. Los niños se cuidan entre ellos. Sobre todo con los más chiquititos. Tenemos un menor que tiene seis años y todos lo cuidan hartito. De repente no se soportan y pelean, hasta combos de repente hay, y esas cosas. Pero la mayoría de las veces los



Hay niños que trabajan, chiquitos de primero que ayudan a sus padres. Son buscavidas: se van a la ribera del río, buscan botellas, tarros, latas, cartones... así van saliendo adelante.

problemas se arreglan, porque ésta es una casa y ellos como una familia; entonces, entre ellos son hermanos...

—Recorro mucho el campamento —dice la señora Isabel, de la Junta de Vecinos de la población San Francisco— y hay niños de ocho, mocositas de ocho años que ya tienen que estar preparando la comida, un caldo Maggi para sus hermanitos, porque quedan al cuidado de ellos porque las mamás son temporeras.

La fraternidad, entre niños semi-abandonados o abandonados totalmente, es una práctica compensatoria fuerte, que forma y nutre densas redes sociales y culturales. Una fraternidad que es a menudo asumida como propia, incluso por los grupos juveniles que, tal vez por experiencia propia, tienden a *hermanarse* con los 'cabros chicos'. Es lo que hace, por ejemplo, el Grupo Vijuba, de la población Baquedano:

—Hacemos dinámicas de grupo con ellos. Conversamos con los niños del Hogar de Menores. A ellos les gusta que nosotros vayamos, y cuando no vamos, ellos nos dicen: 'Tíos, ¿por qué no vinieron?' Se preocupan por nosotros y siempre preguntan por qué no fuimos, qué nos pasó. Y aparte de eso, te dan caleta de cariño; o sea, más que el cariño que nosotros les damos, es el cariño que ellos nos dan a nosotros. Es súper rico; o sea: todos fuimos a dar cariño, pero hemos recibido caleta. A lo más Hogar de Cristo: he recibido más de lo que doy.

Igual conclusión ha sacado el grupo juvenil Big-Back, de la misma población, compuesto por cuatro mujeres adolescentes, quienes, entre otras cosas, enseñan a los cabros chicos a bailar ritmos modernos:

68

—Eso es lo que nosotros queremos: que no pasen tanto tiempo en la calle, que hagan algo recreativo. Nosotras no les hacemos clases de baile no más: también jugamos con ellos. Tú sabís como son los niños: son tan inquietos. Unos son vergonzosos, otros son inquietos. Hablando seriamente: cuando uno de ellos se pone a hablar, es como un libro abierto. Cuentan todo, todo. Ellos no saben mentir, y los niños nos idealizan...

—Son muy bruscos para jugar —dice Marcela Díaz, del Jean Piaget—, tienden al golpe, o... a llorar. No saben entre ellos respetarse. Pero, por su carencia afectiva, se apegan mucho a uno...

—Así como les cuesta relacionarse con una persona que venga de afuera —apunta la profesora Amelia Donoso, del Blest Gana—, yo pienso que cuando lo logran, la hacen parte de ellos. Porque se nota, porque ya se ha dado. Y yo ya me estoy sintiendo parte de ellos... Ellos se van apropiando de uno con su propia fortaleza, porque son chicos fuertes, porque tienen una crisis que es muy seria.

La fraternidad compensatoria de los niños pareciera ser, en sí misma, un pegajoso panal gravitacional que termina atrayendo y enredando a su alrededor a grupos juveniles, profesoras, gente adulta e incluso a sus propios (airados) padres. Como que los 'cabros chicos', en una población golpeada por la crisis, se convirtieran en un polo de reagrupación social y comunitaria. En un centro de solidaridad y rehumanización, cuyo centro lo ocupan y animan ellos mismos. En definitiva: en una célula regeneradora de la misma sociedad civil popular.

—Es igual con los padres —acota la profesora Norma Carrasco del Blest Gana— porque, suponte, nadie tiene derecho a ofender a sus hijos, nadie. Ni siquiera puedes llamarles la atención, porque ellos llegan inmediatamente a reclamar, aunque tú tengas la razón. O sea: tú no eres nadie para corregirlos: ‘Yo soy el papá y yo lo corrijo’, aunque no se hayan preocupado renunca del chiquillo. Que otra persona se los pase a llevar, ellos salen altiro a la defensa, pero para defenderlos no más, no para corregirlos. Actúan como a la defensiva. Ellos se defienden del medio; entonces, como yo vengo de otro sector, yo estoy invadiendo su medio y no tengo derecho a decir nada. Esa sensación me da. Tú tienes que formar parte de su territorio para sentirte con derecho, porque si tú no formas parte y no te comprometes con ellos y no estás adentro de ellos, tú no puedes siquiera llamarle la atención a nadie. Es muy difícil ‘criarlos’, son niños que ejercen presión contra una; o sea: demostrar que ellos son ellos y que yo no tengo derecho a mandarlos ni nada.

La profesora Carrasco viene de fuera del territorio y necesita hacer un esfuerzo para integrarse a las redes solidarias que rodean a los niños, pero don Carlos Pinto, dirigente del Deportivo Slater de la población Lourdes, no. El vive allí. Por tanto, se incorpora de modo natural a esa red:

—Mira, antenoche estábamos sentados aquí con Jorge Medina y llegó un mocoso que se sentó ahí. Le dijimos: ‘¿Quieres jugar?’ y él dijo: ‘Ya’. Y el cabrito empezó a jugar y jugó hartito rato... Después me dijo: ‘Cuando grande, voy a ser del Slater’... Y ya, pasó eso. Después pasó el gordito de ahí, un niño así, chiquitito. Pasó por aquí e iba llegando a la esquina cuando se puso a llorar. ¡Se puso a llorar! El papá tuvo que traerlo para acá y jugamos ping-pong con el chico. Es lo que lo conmueve a uno. De los pequeños que quieren ser alguien y nosotros, si le podemos dar, se lo vamos a dar. Ya que a nosotros no nos dieron, nosotros queremos dar. Esta es la meta de nosotros...

¿Cómo responden los niños a la ‘red envenenada’ que aprisiona a sus padres y a la ‘red solidaria’ que, surgiendo entre ellos, crece a su alrededor como un anti-veneno humanizante y natural? ¿Tienden sólo a ensimismarse, a desertar de la Escuela, a los juegos violentos, al alcohol, la droga, la soledad, conforme se ven en los ‘informes generales’? No necesariamente. Si se los observa desde una perspectiva distinta, cotidiana, en sus historias subjetivas y personales, se descubre que no; que, enredadas con ese tipo de reacción, hay otras. Una reacción común en ellos es, por ejemplo, ‘salir a trabajar’, lo que normalmente ocurre porque quieren ayudar al padre, o a la madre, a fin de reducir sus agobios. Es decir: una de sus reacciones más significativas es *ser solidarios* con sus propios padres, lo que implica un tácito reconocimiento de que la crisis es más fuerte que todos y que es preciso reforzar a los viejos, aunque eso signifique sacrificar su futuro de niños o de jóvenes.

—Hay niños que trabajan —dice la señora María Teresa—; hay un gran número de niños que en la jornada contraria a sus estudios se van a los supermercados a envasar, a llevar bolsas, hacer aseo, etc. Y trabajan también en el sector agrícola, en temporadas de verano sobre todo. Son de todos los cursos. Incluso tengo chiquititos de primero básico que ayudan a sus padres como vendedores ambulantes, y venden ca-

lendarios, yerbas, distintas cosas. De chiquititos están en el comercio de la calle.

—Son buscavidas —agrega la profesora Amelia Donoso—: se van a la ribera del río, buscan botellas, tarros, latas, cartones, etc. Y ellos van así saliendo adelante. Son fieles con la comunidad de las monjitas del Centro Abierto, porque allí ellos reconocen protección, una fortaleza, un lugar como de refugio, una posibilidad de ir a vacaciones, a la playa, de tener un día especial; de ser considerados.

—La mayoría, unos 20 a 25 niños —cuenta Enrique Maturana, ex profesor del Blest Gana—, pedían permiso; o sea, las mamás venían a pedir permiso. Eran canillitas, iban a vender *El Rancagüino* a la ciudad. Se daba la leche a las tres o a las tres y media de la tarde, y a las cuatro partían a buscar *El Rancagüino* para vender. Llevaban 500 o 600 pesos de hoy día a la casa para poder parar la olla al otro día.

—Mira, de lo que yo me acuerdo —corrobora Zalmira Villalobos, profesora del Blest Gana—, los niños casi todos los días salían tipo tres de la tarde hacia afuera, hacia el centro, a vender *El Rancagüino*. Y me los encontraba en la tarde vendiendo *El Rancagüino* en el centro. O sea: todos trabajaban. Eran niños con poca escolaridad. En primero y segundo básico había niños muy grandes que estaban en la cuestión del trabajo. Porque aquí, además, salían a trabajar en adobes, habían obras de adobes y ladrillos. Eran niños que estaban muy ocupados; después del estudio iban a trabajar.

—Hay falta de trabajo para los padres —apunta Norma Carrasco, también del Blest Gana—, hay bajo nivel cultural, y así todo va afectando el desarrollo del Sector. Es lo que lleva a que también los niños tengan que salir tempranamente a trabajar, abandonar los estudios o no continuar después que llegan a octavo... Pero los niños se acercan a ti, te demuestran cariño, tú lo sientes. Siempre te están tocando, te están sintiendo; no como otros niños que no están ni ahí con el profesor, que van y dicen: 'buenos días' y se sientan. Estos niños no, es completamente diferente... Los niños llegan al colegio, pero después lo abandonan [para trabajar] y luego lo retoman otra vez; así yo tengo alumnos en cuarto básico que tienen doce o trece años. Son niños que durante años han abandonado y luego retoman otra vez...

—¿Para qué tantos años estudiando —se pregunta María Cristina, poniéndose en el lugar de los niños—, gastar tanto para después no tener dónde trabajar? Eso va enfriando el entusiasmo del niño por ser alguien algún día... ¿Para qué voy a estudiar si, total, voy a limpiar autos al centro y me gano tantas monedas?

La solidaridad que los niños ofrecen a sus padres 'da vuelta' la dirección normal del flujo funcional de la sociedad: en lugar de que ésta trabaje para asegurar el futuro de los niños, éstos sacrifican espontáneamente ese futuro para asegurar, en el fondo, la supervivencia de la misma sociedad que oprime de modo directo a sus padres, e indirecto, a ellos mismos. Se trata de un sacrificio generoso, suicida, que —como dice María Cristina— "enfría su entusiasmo" por su propio futuro. De modo que, a final de cuentas, ¿en qué se gasta, cómo se emplea el capital humano y la reserva solidaria innata de los niños? ¿Es que el modelo social dominante, junto con destruir la matriz intersubjetiva familiar que ampara el desarrollo infantil, también gasta y derrocha el capital humano innato de esos niños?

¿Es que se trata, en este caso, de consumir un daño exhaustivo, *total*, contra los tejidos más nuevos de la sociedad civil?

Como quiera que sea eso, la crisis, estallando en el fondo de la sensibilidad infantil, adquiere en ésta resonancias de variado diapasón y tonalidad. Ecos inimaginables. Formas expresivas insospechadas. Podrán ser buenos para el garabato (“el garabato no es para ellos una expresión para ofender a otro, sino una forma natural, parte de su hablar cotidiano; y lo usan en la casa y en el colegio”), pero el garabato no es indicador de falta de sensibilidad y expresividad:

—Son niños con una gran expresividad artística —afirma Amelia—; todo ese caudal de vivencias que ellos tienen, ellos lo entregan a través de las artes plásticas. Son buenos para hacer representaciones teatrales, para bailar, son bailarines por excelencia; tenemos algunos raperos importantes, destacados, y son niños que tienen una gran lealtad con su familia, con su comunidad, con sus padres... Hay niños que son artistas en el diseño, en la pintura; son minuciosos, detallistas y son capaces de dar toda esa energía que tienen... Me cuesta un montón, a veces, conseguir que me dejen los trabajos para la exposición, porque ellos quieren llevarlos inmediatamente a la mamá, porque la mamá los estimula: ‘¡Qué lindo, te pasaste!’, y, a lo mejor, es lo único de color que hay en la casa...

Los “cabros chicos” parecen tener en sí mismos, de modo innato, una llama fundadora. Un capital humano que están dispuestos a utilizar solidariamente con los seres que los rodean. Con él pueden, en los labios de sus padres, encender sonrisas; o en los labios de ellos mismos o de sus grupos, el grito de su rebelión. Una llama primaria de soberanía.

71

La breve memoria autónoma de Juan Machuca, 14 años

Un “cabro chico” puede crecer como persona teniendo como planos de referencia las redes envenenadas del “malestar privado” (que atrapa a sus padres) y las ‘redes solidarias’ que, lo mismo que telarañas, los sostienen en su centro. Eso les permite explorar caminos de humanización que no necesariamente pasan por la escuela ni por las ‘rutas formales’ que la sociedad crea para que los niños se formen en consonancia con la institucionalidad. Los niños, en su orfandad, pueden hallar y/o construir caminos propios, al margen de las ‘carreteras’ oficiales. Pueden tejer su propia red de relaciones sociales y su propia atmósfera cultural, simplemente por medio de crear ellos mismos el tipo de relación con la sociedad global que mejos les cuadre. Por eso, dentro de las redes solidarias en la que los cabros chicos flotan, pueden realizar gestas notables y ejemplares. Proezas que quedan sumergidas, anónimas, en la historia privada (oculta) del mundo popular. Es lo que sucede con Juan Machuca, de 14 años, de la población Las Rosas, Sector Sur de Rancagua, de cuyo testimonio se anotan los siguientes extractos:

—Al principio, en primer año, yo no quería ir a la Escuela. Quería puro trabajar no más. Yo estaba trabajando: sacaba uva. Y yo empecé a trabajar chiquitito: iba con mi papi. Los cabros me invitaban al ‘balneario’ [junto al río] a jugar a la pelota, y yo les decía: ‘Vayan, no más, yo los

acompañó otro día'. Mi papi me decía: '¿Me acompañai?' '¿Adónde?', le decía yo. 'Vamo pa' que veai las calles, pa' que aprendai', me decía. 'Ya', le decía yo. Y me fue gustando la cuestión, ahora conozco todas las calles. Mi padre es enfermo de un ojo, cuando fue joven lo chocaron y perdió el ojo izquierdo... Me dicen mis tíos que fue bueno lo que hizo mi papi conmigo, de aprender a trabajar desde chiquitito pa' ganarme mi pancito. No como otros cabros que vaguean, van a la casa a comer y la mamá los reta porque no hacen nada. Yo empecé en esto de la uva a los once años; antes iba con mi mami y me llevaba a las pegas que ella hacía como temporera; ella trabajaba en varias cuestiones: en la uva, en la manzana, en la pera, y yo iba p'allá y aprendía. Para no aburrirme en las tardes, iba con ella. El dinero que yo ganaba cuando trabajaba era para mí: me vestía yo solo. Era para mí. A veces le decía: 'Ya, mamita, ahí tienes la plata'. Pero a veces no me daban ganas de ir para allá, porque me aburría. A veces no iba. De repente me daban ganas de trabajar, de repente no. Era un trabajo de algunos meses no más, y yo trabajaba en las mañanas y estudiaba en la tarde. Si no, no; no era obligatorio que yo fuera a trabajar... Yo trabajaba pa' sentirme como... digamos... ayudando a mi papá; pa' esa cuestión trabajaba yo, porque no quería nunca que me dijeran 'vos soi vago: fumai'. Si los cabros me decían: '¿Querí fumar? ¿O soi maricón que no fumai?', yo les decía: 'No, no, fumen ustedes no má'. Un día tuve una pelea con un cabro; me dijo si quería un cigarro y yo le dije: 'No, fuma tú no má', y él me dijo: '¡Ah, soi maricón!', y me chantó un combo. 'Ya, fumen no má, cabros', dije yo, y me vine. Después conversé con el cabro y le dije: 'Ya, no fumí má esa güeá: te hace mal'; y el cabro me dijo: '¡Ah, tení razón!' Y ahora... bueno, es mayor que mí, pero no le hace a esa cuestión del cigarro, no le hace a nada... En el colegio yo me portaba mal, no lo niego: hacía la cimarra, me arrancaba. Me iba p'allá p'arriba, íbamos a montar chanchos, que eran de un caballero. Nosotros íbamos y montábamos ahí, pero un día nos pillaron y nos retaron: '¡Nunca más, nunca más!' Y al otro día métale montarlos de nuevo... Una vez la tía del colegio me retó y yo empecé a insultarla; se me acercó un cabro, me agarró los brazos y me chantó dos charchazos porque me porté mal... y pesqué una silla y se la tiré por la cabeza a la tía y salí arrancando. Mandaron a buscar al apoderado, pero nunca llevé al apoderado. Me portaba mal yo, y ahora sigo portándome mal. A veces me aburro y me dan ganas de salir p'afuera un rato... La dificultad mía siempre ha sido aprender a leer y escribir; un poco, sí, pero me cuesta y a veces me da rabia, me da impotencia. Cómo no poder aprender, digo yo, y me da rabia: 'Me voy a arrancar, me voy a ir p'afuera un rato pa' pasar las penas, pa' despejar la mente, pa' no pensar güevás malas'... Mis compañeros saben, saben harto, yo soy el único dejao. Pero en las pruebas no tengo problemas, porque me las hacen oral, me preguntan y yo respondo oralmente y me saco las notas igual. Sé copiar del libro, las páginas; me sé todas las letras, pero lo que pasa es que se me le confunden. O sea: algunas, no todas. A veces puedo escribir palabras largas, cortitas, pero a veces se me confunden y ahí es donde me equivoco. Mi logro es llegar a octavo año, y después estudiar una carrera, algo; pero lo que me gusta a mí, y siempre me ha gustado, es la agricultura, y pienso estudiar algo que me guste. Pero no sé si voy a estudiar agricultura, porque de repente puedo aburrirme... Mi papi siempre ha tenido un sueño de tener una camioneta, pero él no puede por la cuestión del ojo. Él llegó hasta quinto año, también le costó la misma, también tuvo problemas con su aprendizaje, también tuvo el mismo problema que

yo. Por esta cuestión sigo estudiando... Tengo que decir que voy a seguir estudiando, yo no má, porque yo tengo la posibilidad de estudiar, no ellos [mis padres]. La cosa económica depende de ellos, pero no es pa' estudiar p'afuera [de Rancagua], porque si quisieran mandarme p'afuera no les cuesta nada pescar un caballo, venderlo y mandarme estudiar p'afuera, pero yo no quiero. Yo quiero seguir este año y el que queda no má. No sé. No tengo pensado lo que tengo que hacer, pero quiero sacarme algo que me sirva más adelante... Una vez llegó un caballero y nos dijo: '¡Chiquillos, vengan p' acá! Si a ustedes les gusta montar los barracos que tenemos acá, tengo un trato: ¿por qué no vamos pa' una domadura?' '¡Ya! ¿Y si después nos botan?' Mi primo dijo: 'No nos botan los chanchos y nos van a botar los caballos'... Llegamos a la domadura y un cabro dijo: '¿Cuál querí montar tú?' Y yo (siempre lo recuerdo) le dije: 'La alazana que está ahí...'. Me monto arriba, me pasan unas botas y una rodaja del 5, me pongo un sombrero negro y me salgo p'afuera pa' la media luna y apretaito no má, y la monté, le hice las tijeritas y la boté al suelo y le saqué el petal. El caballero dijo: '¿Sabí? Te voy a decir altiro: tú tení que montar éstos que están acá'. Y eran unos menso pedazos de esta cuestión de torillos; eran toros los que tenía que montar, vacunos, y estas cuestiones saltan más que los caballos. Y dijo el primo mío: 'Ya, no importa, los voy a montar'... Saltó caleta, pegaba los medios saltos esa cuestión; duró, y después le hizo las tijeritas y la botó al suelo... '¡Cayó!', dijo el caballero, '¡Te pasaste! Ya, ustedes dos vengan p' acá; se pasaron, cabros, les voy a dar una recompensa'. Y dijo el caballero: 'Tomen, chiquillos, cinco lucas para cada uno'. Y nos fuimos, y mire cómo quedamos: a la pinta.

73

La memoria dual de Marcela: trabajadora y estudiante

Los niños, actuando desde dentro de las redes solidarias pueden, pese a todo, darse cuenta de la importancia que tiene para ellos la ruta institucional y formal de desarrollo (que pasa por el sistema formal de educación), y pueden tratar de avanzar *también* por allí, multiplicando sus esfuerzos. Hacen esto mientras sobrellevan sobre su memoria la ruptura de su familia, y la necesidad imperativa de tener que trabajar para ayudar a los adultos y financiar sus propios estudios. Esfuerzo extra que acometen con el firme objetivo de salir del círculo de la crisis y del “hoyo” en que se hallaron sumergidos a poco de nacer. Pueden, pues, con gran energía subjetiva, proyectar y labrar su propio futuro en los mismos términos que ofrece el sistema: crisis, por detrás, y posibilidades estrechas, por delante. Pero, si hacen eso, ¿cuál es su horizonte real, más probable? ¿Hasta dónde pueden llegar? Es la duda a la que se enfrenta Marcela Pastene, 19 años, de la población Dintrans, de cuyo testimonio se han extractado los siguientes párrafos:

—En el 86 yo tenía siete años, claro, cuando viví con mis dos papás; o sea: con mi papá y mi mamá... El 90 mi mamá de nuevo se separó de mi papá y me fui a vivir a San Fernando con mi mamá. Allá yo no me llevaba muy bien con ella, por problemas que ella se puso a convivir con otro hombre. Yo me vine con mi papá el 91. El vive con mi madrastra, con la señora con la que yo vivo ahora. Y empecé a vivir acá. Cuando llegué a vivir acá el 91, yo no estudiaba, porque mi papá no

me quería colocar en el colegio. Yo fui entonces a una preparación del Centro Abierto, que está en la Villa Las Rosas. En el Centro empecé a estudiar por niveles, yo ya había hecho segundo año básico en San Fernando... era más que todo algo como reforzamiento, no colegio... Bueno, fuera que yo había perdido dos años de estudiar, iba con doce años en Tercero Básico... yo ya sabía materias de quinto, porque hasta allí llegué estando en el 'nivel' del Centro Abierto. Sabía hartito más que los demás, y además que era más grande que todos los demás compañeros. Y ya, pasé con el primer lugar ese año a Cuarto Básico, después hice Sexto, Séptimo y Octavo... Cuando era chica, cuando recién llegué acá, yo no compartía con la gente de acá. La verdad, mi mamá nunca compartía con nadie. Nunca tenía amigos o amigas, siempre pasaba encerrada, entonces yo pasaba igual... No jugábamos en la calle, claro; jugábamos adentro de la casa, nunca pasaba en la calle... Ahora no vivo con mi mamá. Yo me vine de la casa de mi mamá y yo viví con mi papá y mi madrastra, pero mi papá se separó de ella y yo me quedé con ella. Yo no estoy viviendo con mi papá tampoco, mi papá se fue de la casa. Es que a mi papá siempre le gustó más el libertinaje, siempre se iba de la casa y después volvía; hasta que un día se fue y no volvió nunca más. Yo me quedé con mi madrastra... o sea, con mi 'tía' (para que no suene tan feo), y yo tengo todo el apoyo de ella. Mi mamá me viene a ver una vez al mes... igual la he perdonado... Yo trabajo en el verano; estoy estudiando tercer y Cuarto Medio en el Liceo Manuel de Salas [Rancagua], en nocturna... Estoy también en el Centro Abierto de reforzamiento... Yo estudiaba y trabajaba. Empecé así este año, pero a mitad de año ya estaba muy cansada: dormía poco, comía poco y era difícil estudiar y trabajar. Yo empecé a trabajar a los quince años, trabajaba en el verano y estudiaba desde marzo... He trabajado en frigoríficos, casi puros frigoríficos. En los veranos, cuando era menor de edad, trabajaba en los parronales, a veces cosechando manzanas, en packings de uvas, y después, cuando ya tenía 16 años, una amiga me llevó a la UTC, un frigorífico que queda en Requínoa, y ahí me pusieron a trabajar. Y yo me sé todo el trabajo en el frigorífico, todo el trabajo que sabe una obrera... Cuando trabajaba, llegaba a las seis de la tarde acá y así ayudaba a hacer las cosas en mi casa. Mi tía trabajaba en ensaladas preparadas, entonces ella con eso mantiene la casa, y, bueno, yo le ayudaba a mi tía. Ya a las siete o siete y media, yo me iba al Liceo. Al otro día, a las cinco y media o a las seis de la mañana, estaba ya en pie, y en la noche me acostaba a las once. Me sentía muy agitada y cansada. Me levantaba a las seis, me iba a tomar el bus; a veces alcanzaba a tomar desayuno, a veces, no; a veces tenía que irme corriendo por el callejón a tomar el bus en la carretera, porque me había quedado dormida... Estuve como tres años en eso. En la casa andaba todo al lote. Cuando yo llegaba del trabajo, tenía que llegar a hacer las camas, porque ella también trabajaba, y con el asunto de las ensaladas no le quedaba tiempo. Yo salía a veces a las once de la noche a la calle, volvía como a las once y cuarto, estudiaba un poco y me acostaba. Cuando me iba en el bus en la mañana, estudiaba en el bus, y mis amistades ya no se juntaban conmigo, yo los había dejado a todos de lado... Antes, cuando tenía pololo, salíamos los fines de semana. A veces me daba un tiempo y estaba en la plaza, pero de ahí nunca salíamos, porque yo estaba 'ya, hasta tal hora', y se hacía lo que yo decía... Creo que tengo que juntar un poco de plata para estudiar por lo menos programación en computación, porque ahora no hay nada si no es con programación en computación. Pienso que con el puro cuarto Cuarto Medio no me puedo quedar, creo que tengo que hacer un curso o trabajar y juntar plata... y en una de éstas con un pituto se consiguen muchas cosas. Me

dijeron que diera la Prueba de Aptitud Académica y con un pituto entraba a Inacap [Instituto Nacional de Capacitación]... La verdad es que uno propone y Dios dispone...

Entre la memoria de la crisis y la memoria de la solidaridad

La mayoría de los niños que egresan de los colegios Jean Piaget y Blest Gana no sigue estudiando. Los mejores alumnos quisieran seguir enseñanza media en el Comercial de Rancagua, pero el hecho de venir de colegios “de mala fama”, o de haber sido alumnos que pasaron por la “educación diferencial”, o haber estado en el Hogar de Menores, no los favorece. Como dice Marcela, profesora del Jean Piaget:

—Se sienten muy deficitarios con relación al resto. Se sienten inferiores, como el niño ‘diferencial’, como el niño limítrofe; muchos, después de octavo, se presentan a examen al Liceo Comercial y la verdad es que, últimamente, no les ha ido nada de bien; entonces al final han tenido que ir a los liceos no más, donde el ingreso no es tan complicado. Entonces de partida ya van con esa carencia... Así de simple. Entonces se ve la carencia. Se siente. Es palpable.

Frente al ataque de la crisis —que destruye “el vínculo” de la familia— el niño responde, más allá de su ira, buscando y dando cariño, tejiendo lazos minúsculos de fraternidad, motivando diferentes formas de solidaridad de jóvenes y adultos, de pobladores y profesionales. Redes afectivas y fraternas que, de un modo u otro, se anudan en torno a las/los profesoras/es de los colegios. Los niños reaccionan frente a la crisis haciendo un sorprendente despliegue de humanidad, solidaridad y esfuerzo. Trabajan, ayudan, se hacen responsables, pese a sus estallidos de rabia, a su agresividad y a sus garabatos. Por su situación y su actitudes, pueden generar, entre ellos mismos y en torno suyo, un movimiento de re-humanización, que se contrapone, social y éticamente, a la expansión destructiva del “malestar privado”. Dentro de ese movimiento, ellos mismos pueden devenir héroes; héroes minúsculos, anónimos, de instersticio. Ejemplos de lucha y humanidad. Y a más de todo eso, pueden hacer un gran esfuerzo para abrirse paso a través de los estrechísimos senderos de desarrollo que el sistema les ofrece. Pero, ¿cuáles son los resultados concretos de ese anónimo y minúsculo heroísmo? ¿Seguir marcando el paso, como dice María Cristina, profesora del Blest Gana? ¿Derrochando su vida en aliviar y a la vez reproducir la marginalidad, para dar la ilusión de que es el éxito del sistema el que alivia y estabiliza el conjunto? ¿Esperando el apoyo de quién sabe qué “pituto” que les permita llegar a algún Instituto Profesional?

El “malestar privado” no es, pues, un proceso corrosivo que se subjetiva sin parar hasta terminar con la virtual anonadación del sujeto. En los mismos niños y en torno a ellos, ese proceso de subjetivación se revierte, transformándose en un proceso de micro-asociación redal básico, regenerador, positivo. La crisis encuentra allí, por ello, una primera respuesta. Un germen o molécula primigenia de movimiento social propositivo. Una propuesta resiliente de re-humanización. El problema es que, mientras sea, tan sólo, germen o molécula, el modelo dominan-

te se servirá de eso para mantener la crisis en un nivel llevadero. Para mantener exitosa su táctica de camuflar la crisis que lo corroe. Pero esta situación es, sin duda, inmoral. No se puede sostener la fachada estable de un modelo a costa de gastar inútilmente el heroísmo solidario de los niños. Es preciso reaccionar, y diseñar —por ejemplo— modelos educativos que potencien ese heroísmo, tornándolo consciente y propositivo. Hay que develar la crisis, sacarla de su madriguera, mostrarla al mundo, pero no sólo denunciando sus abusos e inmoralidades, sino también transformando en saber, propuesta y poder la reserva solidaria que anida en la naturaleza humana y prístina de los “cabros chicos”, cuyo tiempo actual hemos querido bosquejar en esta (su) ‘memoria’.